

Este archivo contiene un capítulo del libro de
Jose Ramón Gómez Fouz, *Clandestinos*
con un prólogo de José Ignacio Gracia Noriega
Pentalfa Ediciones (Biblioteca Asturianista), Oviedo 1999
IISBN 84-7848-499-X <http://www.helicon.es>
© 1999 Pentalfa Ediciones (Grupo Helicón S.A.)
DISTRIBUCION GRATUITA * PROHIBIDA SU VENTA

Capítulo 14

Los aparatos de propaganda

La lucha contra el Régimen en todo momento necesitó de la propaganda, que fue fundamental, y en casi todas las ocasiones despistó a la Policía. Puede decirse que fue un éxito del clandestino Partido Comunista, ya que en muy pocas ocasiones la Policía llegó a localizar a los responsables del aparato propagandístico.

Todo el peso de esa propaganda, como todo el peso de la lucha, lo cargaba el Partido Comunista. En el año 1950 compraron una máquina multicopista en Oviedo, y la trasladan a casa de Celso, en La Mosquitera. Fue la primera máquina y el primer despiste de la Policía. En la huelga del año 1957, la máquina fue usada de forma continuada día y noche, era la máquina que el Partido consideró como ejemplo y la quisieron guardar como reliquia, pero por un error se deshicieron de ella. Otra máquina la tuvieron en la zona llamada La Cantera, entre Sama y Mieres, y uno de los encargados de ella era Juanín, al que llamaban *Juanín Cantera*. También Lada fue lugar de imprimir propaganda, de allí sacó la máquina Ángel León para llevarla a La Joecara, donde fue usada también de forma continuada.

Juanín fue en una ocasión detenido con propaganda y llevado a la comisaría. El inspector de policía hizo un gesto agresivo con la máquina de escribir contra él, y Juanín se desmayó (cosa rara en un hombre de reconocido valor). Los policías le echaron un botijo de agua por encima y Juanín seguía sin recuperarse.

Nerviosos, le metieron en un Land Rover de la policía armada y le llevaron a la casa de socorro, donde le atendió el doctor Enrique Andrés Vázquez. Con una linterna le miró los ojos y le dijo:

—*Venga, chaval, levántate ya.*

Por lo visto fue todo un susto y Juanín siguió la comedia.

Sin embargo la casa donde más tiempo permaneció la propaganda y donde mejor servicio realizó en la Cuenca del Nalón, fue en la casa de Elviro, sita en el bloque de viviendas conocido como Inmobiliaria Setsa, en La Felguera. La casa no sólo servía como imprenta, sino que era lugar de refugio de los principales líderes. Allí llegaron a estar los tres clandestinos: Horacio, Julio Gallardo y Ángel León. En las vísperas del referéndum del año 1967 allí trabajó la máquina día y noche. La casa de Elviro fue muy protegida por el Partido, es el día de hoy que muy pocos militantes están enterados de ello. En 1974 se enteraría la Policía por la traición de uno de los líderes, como veremos.

En Sama hubo otras casas con máquinas de menos tirada. Sin embargo, la de La Juecara tiró muchísima propaganda en el referéndum de 1967. Allí trabajaron en persona Horacio y Ángel León. Esta máquina era muy ruidosa, por lo que la mujer de la casa, para disimular el ruido, usaba la máquina de coser por las tardes, ya que solían ponerse apoyadas en la casa unas mujeres a coser a mano y tomar el sol, además de tertuliar. Otro de los lugares a donde fue trasladada la máquina fue a la calle Hospital y al barrio de Torre de Abajo. Allí sucedió que un día el militante que se encargaba de la máquina se presentó a los líderes y les explicó el problema que tenía, pues uno de los hijos era muy rebelde y el padre no se fiaba que un día, tras una discusión, se fuese de la lengua. La máquina fue retirada. En el Valle del Nalón Solís y Fausto eran los hombres importantes que corrían, mientras podían, con el reparto de la propaganda.

Y cómo no, en la casa de Tina en Lada, hubo dos máquinas durante varios años. Primero una multicopista antigua que funcionaba con un rodillo de esponja; luego Julio Gallardo y Honorina Marrón, compraron una eléctrica y se la llevaron para sustituir a la antigua. La nueva estuvo pocos días en su casa porque se la trasladaron a la casa de *Luci* en La Felguera. Tina tenía un escondite para guardar la propaganda, debajo de la bañera. Habitualmente la dejaba en la tienda de comestibles de un hombre apellidado Pajares, que si bien él no era colaborador habitual, sí lo era su esposa.

Pajares era compadre de Anita Sirgo, pero no se enteraba o hacía que no se enteraba del asunto de la propaganda. En ocasiones era Gerardo Iglesias, que trabajaba en chocolates Zahor, el que, aprovechando esta disculpa, llevaba la propaganda a la tienda.

Si en los primeros años, y también en los posteriores, la Policía se encontró despistada de los lugares donde se encontraban las máquinas en las que hacían la propaganda los militantes del Partido Comunista, no fue así por lo que se refiere al PSOE, pues en 1947 los dejaron en cuadro y sin máquina. En aquel año el PSOE tenía cuatro delegaciones en Asturias. En Gijón el responsable era Manuel Alonso Paniceres, en Avilés Celestino Alonso y Manuel Gutiérrez García, en Oviedo Emilio Llana y Francisco Campa Banciella, en Mieres Bienvenido Velázquez González y *el Che*. Todos fueron detenidos en una redada excepto *el Che*, que logró fugarse a Francia. La Policía quería que *cantasen* dónde tenían la multicopista y tras interrogarles todo parecía indicar que era Ceferino, al que llamaban *Cefe*, el que se encargaba de guardar la máquina.

Claudio Ramos, que ya empezaba a destacar en la Brigada Social, reunió a todos los detenidos del PSOE y les cercó. Entonces, dirigiéndose a *Cefe*, le dijo:

—*Aquí don Manuel* —señalando a Paniceres— *dice que Ud. recibía el papel.*

Cefe, al oír «don Manuel», contestó:

—*Don Hostias.*

Y volvía a contestar «don Hostias» cada vez que le mencionaban don Manuel. Al final *cantaron*: la multicopista estaba en Roces, protegida por unos sacos en una semicueva al lado de unos matorrales.

Puede decirse que el PSOE, salvo otra máquina que estuvo situada más tarde en la Plaza Primo de Rivera, apenas trabajó la propaganda, por lo que personas importantes como los hermanos Palacio y Emilio Barbón, tuvieron que trabajar con fuerza para que el PSOE se hiciera sentir algo.

La propaganda era cosa de los comunistas. Y el mejor profesional de la propaganda, terreno en que se movía como pez en el agua, fue José Ramón Troitiño, que vivía en Gijón, zona de donde a partir de 1967 saldrá la mayor parte de la propaganda.

Troitiño había estado encarcelado acabada la Guerra Civil y, siendo muy joven, por razones que nada tenían que ver con la

política, en los años del hambre, él y otros jóvenes hurtaron para comer, lo que les llevó a la prisión. En el Dueso conoció a Ramón Rubial, que le enseñó el oficio de tornero. También conoció en prisión a Simón Sánchez Montero. Éste, al salir, habló a Santiago Carrillo de Troitiño, a quien en la cárcel llamaban *el Guaje* por lo joven que era. Cuando salió de la cárcel, Horacio se lo llevó al Partido y pronto comenzó a especializarse en la propaganda. Famosa fue su boda con la hija del comandante «Planerías», vinieron camaradas hasta de Rusia, como Arcadio. También asistió Amalia Miranda, responsable de las mujeres del Partido Comunista en Asturias. La boda fue en realidad una auténtica fiesta del Partido Comunista. Se llegó a cantar la Internacional y el fotógrafo, también del Partido, tuvo que pasar por la comisaría y entregar los negativos.

Troitiño formó un grupo de personas para trabajar con la propaganda. Las tres más importantes fueron Sara Fresno en Gijón, Gonzalo en Pinzales y Paulino en Bendición (Siero). A Troitiño le llegaban los clichés a casa y luego los distribuía por los lugares donde estaban instaladas las máquinas. Entre otros le ayudaba con un vehículo Renault 4-L Amador Serrapio, que también era el encargado de trasladar a Horacio desde Gijón a Villaviciosa, cuando *El Paisano* estaba en Asturias. Por cierto que Horacio siempre le hacía parar en alguna pomarada del camino para coger alguna manzana. También con el coche repartía la propaganda Pepe Lada. Troitiño fue el encargado de meter en este trabajo a la que sería la más profesional en la propaganda, Sara Fresno Mier. Sara pertenecía a una familia de comunistas: su padre, Amador Fresno, había estado condenado por rebelión militar a la pena de 30 años de cárcel, puesto en libertad fue de nuevo internado en la cárcel en 1957; y su casa de Miravalles fue lugar de paso y refugio, entre otros, de Horacio Fernández Inguanzo.

Sara era mujer de Partido, y ya desde 1964 comenzó a trabajar con la propaganda, entonces de forma desinteresada, en el grupo de Troitiño. En su casa de la calle Suárez Valdés le pusieron una multicopista de poca calidad. Por el día imprimía la propaganda, y por la noche, junto a Troitiño y su marido, hacían de repartidores. Un día el marido discutió con Sara el que se hiciera la propaganda en casa, pues era él quien figuraba como cabeza de familia y había que tener en cuenta las consecuencias. Sará se defendió decidida y enmudeció entonces el marido (el matrimo-

nio se separó posteriormente), pero se lo comentó a Troitiño, que prudentemente retiró de su casa la multicopista.

Tras una temporada inactiva en su actividad clandestina, Sara regentó un negocio de su hermana y su cuñado, que era emigrante en Francia, situado en la calle Suárez Valdés. Allí fue de nuevo visitada por Troitiño, que le pidió colaboración. La trastienda del negocio sirvió de almacén y depósito de la propaganda. Pero no les gustó a sus familiares, a pesar de pertenecer todos al Partido, esa actividad en su local, con nuevas discusiones con Sara. Entonces el Partido le alquila un piso en la calle Cataluña, donde instalan una multicopista de las que había que mover con una pequeña manivela. A partir de este momento puede decirse que Sara será la auténtica profesional de la propaganda, a la que se dedicará en exclusiva, cobrando un sueldo efímero que siempre le pagaba Ángel León. La máquina, como consecuencia del trabajo, desprendía un fuerte olor a tinta, por lo que tenía que abrir las ventanas, y para que los vecinos no oyeran el ruido de la máquina multicopista, hacía funcionar a la vez su máquina de coser para despistar a los vecinos. A Sara le ayudaba en estos menesteres su hijo.

Sara fue detectada en la calle Cataluña por el policía Fuente a través del confidente X, que en una ocasión avisó que había recogido propaganda en una casa de esa calle. La Policía siguió un día a *Teverga*, que era uno de los que acudía asiduamente a recoger la propaganda, y a quien era difícil seguir, puesto que continuamente miraba a un lado u otro. Pero la Policía se enteró del número de portal al ver salir de allí a *Teverga* y Fuente le pidió a *Pepe Vázquez* que se enterase de todos los vecinos de aquel portal. El confidente X les había hablado de una mujer bella y que iba muy arreglada. Pepe Vázquez, con la disculpa de su trabajo como vendedor de máquinas de coser, facilitó el nombre de todos los vecinos. A través de los DNI la policía sacó todas las fotografías de las mujeres que allí vivían. Mostraron esas fotografías al confidente X y éste señaló a Sara Fresno Mier.

Sin embargo la policía no intervino entonces, prefería seguir el camino de *Mundo Obrero* y *Verdad*. Uno de los que recibía la propaganda era el estudiante Miguel Ángel del Hoyo, al que se la traían a una casa de Oviedo. Los de la casa se lo comentaban a Claudio Ramos, preguntándole que debían hacer, a lo que el policía les respondía que solamente avisarle a él y dejar seguir las cosas.

El Partido ordena a Sara otro cambio, el nuevo domicilio estará en la calle Manso. Pero surgió un problema: María Jesús, la novia del hijo de Sara, llegaba a veces cuando estaban en plena faena y tocaba el timbre, con lo que tenían que parar el trabajo y guardar la máquina. Lo comentó Sara con Troitiño, que preguntó, tras guardar unos segundos de silencio:

—*¿La chica es de confianza?*

Sara respondió de inmediato:

—*De total confianza.*

—*Pues cuéntaselo todo y pídele que colabore bajo mi responsabilidad.*

La joven era en efecto de total confianza, y de buen carácter, pero cuando se lo dijeron, sorprendida entre sollozos, le dijo a Sara:

—*¡Ay Dios! ¡Qué va a decir ahora mi tía, que siempre dice que usted vive de los hombres, y por eso cambia tanto de casa.*

María Jesús era huérfana y vivía con una tía. El hecho de que Sara siempre fuese muy arreglada y ser una mujer bella, además por ser vista en ocasiones con algún camarada en los repartos de propaganda, hacía sospechar a la tía de María Jesús que la vida de Sara fuese cuando menos extraña. Indignada Sara comentó a los dirigentes del Partido lo que pensaba la vecindad de ella. Merediz y Areces le contestaron que era mejor que pensarán eso de ella, pues así no sospecharían de su trabajo clandestino. En la calle Manso estaba casi frente por frente a su piso el de Pepe Lada, y así cuando necesitaba tinta o papel, dejaba en la ventana un caldero rojo y pronto aparecía Lada a traer lo que hiciera falta.

Tuvo Sara que desplazarse a Francia a practicar con una nueva máquina más moderna. Allí estuvo Sara unos días intentando por todos los medios memorizar todos los movimientos de la máquina, puesto que el Partido le ordenó de forma tajante que bajo ningún concepto pasara el manual por la frontera, para evitar ser descubiertos. Sara, que presumía que sin el catálogo no iba a poder hacer funcionar la máquina una vez en Asturias, estuvo la noche entera sin dormir pensando en cómo pasar las páginas de aquel folleto. Agudizó el ingenio y lo hizo en una compresa. Y para hacerlo más veraz manchó aquella compresa con mercurocromo, como si tuviera el período, y logró pasar por la frontera sin ningún problema las instrucciones.

De la calle Manso el Partido traslada a Sara a Oviedo, a un piso en las torres del polígono de Buenavista, donde pasó Sara

la noche del 27 de septiembre de 1975 en blanco, en espera de que fueran amnistiados los cinco condenados a muerte. Cuando escuchó que se había cumplido la sentencia, se lo fue a contar a su hijo, que se había acostado a descansar. El joven saltó de la cama disgustado por los fusilamientos.

En las torres de Buenavista se acercó un día Troteaga a por la propaganda y había una reunión de la comunidad de vecinos. Troteaga reconoció entre éstos a un policía y avisó al Partido. De nuevo tuvieron que volver Sara y su hijo a Gijón. Ahora a la calle Pizarro, a un tercer piso que no tenía ni agua ni luz. Tenía ahora una máquina comprada en Oviedo, marca Otsein, muy moderna, que ya había utilizado también en las torres de Buenavista. El piso de la calle Pizarro estaba sin luz y sin agua, y la propietaria prometió que en cosa de tres días solucionaría el problema. Sara le indicó que mientras tanto no pagarían la renta. Como veía que la dueña no solucionaba el problema, Sara llegó a un acuerdo con el propietario de un bar que había en los bajos del edificio, y éste le permitió enganchar la luz pagando la diferencia del recibo habitual al hostelero. El agua la subía en calderos. Seis meses estuvo en esta situación, y guardando el dinero que mensualmente le entregaba Ángel León para la renta. Un día el hijo de Sara llevaba un paquete con propaganda, y vio en el segundo piso a un guardia civil, que era allí inquilino. La reacción inmediata fue dejar el piso y en un alarde de honradez devolvió al Partido la renta de los seis meses que no había abonado a la dueña del piso.

Sara entró en depresión (la enfermedad clásica de los clandestinos) y el Partido la sacó a Francia donde la pondrían a tratamiento, y después a Rumanía a descansar. Antes estuvo en un homenaje mitin a *Pasionaria*. En Rumanía visitó los Cárpatos y el mar Negro, y tras unos días de descanso empezó a echar de menos su trabajo clandestino. Sara conoció allí a Elviro, a quien también el Partido había llevado a pasar una temporada. Era en realidad lo máximo que el Partido les podía ofrecer. Troitiño también estuvo allí recuperándose de su enfermedad, donde coincidió con Gerardo Iglesias. El hijo de Sara llegó a estar en un campamento, donde recibió hasta instrucción militar.

Una vez de nuevo en Asturias, Tini Areces le ordena que busque un chalet para la máquina, y encuentra uno cerca del Piles. Allí estuvo hasta la pronta legalización del Partido, el 9 de abril de 1977.

Una vez legalizado el Partido, Sara fue nombrada encargada de la propaganda. El Partido le pidió que buscara un ayudante y ella dijo que no quería hombres a su lado. Y propuso a María Jesús, que fue aceptada por el Partido. Sin duda acertó el Partido con ambas porque difícilmente se podrían encontrar mujeres más capaces y leales a sus ideas.

En la zona centro la propaganda correspondió hacerla a Paulino, en Bendición. Este ya había sido detenido en la huelga de 1962. Quedó en libertad tras ser interrogado en el cuartel de la Guardia Civil de Sama por el famoso cabo González, que le avisó que tuviera mucho ojo para no tener que volver por el cuartel.

No le amedrantó aquella amenaza y en la casa donde vivía, que era de su anciana madre, escondió en el desván a *Pepe Quirós*, que estaba en busca y captura por la huelga. Así conoció a Horacio, que pasó por la casa a visitar al escondido.

Pepe Quirós, después de unos días, echaba de menos a su esposa, y por medio de la de Paulino fueron a buscarla. Cuando Horacio se enteró se enfadó mucho, y le dijo a Paulino que no sólo se comprometía él sino a todos los de la casa, terminando con una orden:

—*Si rebuzna que rebuzne, pero no le volváis a hacer caso en lo de su mujer.*

Pasados varios meses, y cuando en compañía de su esposa se dirigía en un coche de línea al cine, se les presenta Horacio, que les dice que necesitaba hablar con ellos, quedando todos en la casa. Una vez dentro de la casa, Horacio le pidió a Paulino instalar allí una multicopista para hacer propaganda, ya que ni Paulino ni la casa estaban *quemados*. Accedió Paulino como buen comunista que era, sin pedir nada a cambio. Les pusieron una máquina Romeo. Sólo Horacio, Paulino, Troitiño, Secundino y Vicente Gutiérrez Solís lo sabían. Posteriormente los demás líderes se irían enterando.

Secundino y Gutiérrez Solís eran los encargados de llevar la tinta, el papel y también de recoger la propaganda y repartirla, y naturalmente Troitiño. Instalaron la máquina en una nave de secar lúpulo, al lado de una granja de cerdos propiedad de Paulino.

Tenía un interruptor conectado directamente con la casa que daba la luz, y cuando alguien tocaba el timbre, la mujer lo desconectaba, quedando Paulino a oscuras. Era la contraseña para parar la máquina.

Hasta el mes de mayo de 1974 tuvo Paulino la máquina en la nave de secar lúpulo. Por allí pasó Julio Gallardo, que no hacía mucho que había salido de la cárcel. Se quejó de que el Partido no confiaba en él. Paulino comentó la visita de Gallardo y un día aparecieron por allí Gutiérrez Solís y Alfonso Braña llevándose la máquina. Sospechaban de Gallardo y tomaron la decisión de sacarla de allí. Julio Gallardo volvió a visitar a Paulino cuando ya la máquina había sido retirada. Paulino le dijo a Gallardo que el Partido le había pedido que no hablara con él. Se marchó Gallardo en la creencia que la máquina estaba todavía allí. El 30 de septiembre de 1975 apareció la policía en la casa. Paulino preguntó si tenían orden judicial, respondiendo los policías que no la necesitaban y que buscasen a dos vecinos de testigos. Y la mujer llamó a Constante y Vicente, que vivían al lado y que, sorprendidos, observaban el registro. Como ya Solís y Braña habían llevado la máquina, lo que sí encontraron fue el catálogo de la misma, y al ser preguntado sobre aquel catálogo respondió Paulino que sería de la lavadora. Luego le preguntaron si no tenía más local que el de la casa, contestando que tenía la granja de cerdos y un local donde secaba el lúpulo y que registraran lo que quisieran.

En este último local encontraron 26 paquetes con 500 folios cada uno, así como una guillotina para cortarlos. Sorprendidos por encontrar tanto papel, los policías le preguntaron que para qué querían tanto papel, respondiendo que lo había comprado porque era muy barato y lo aprovecharía para los hijos, para que escribiesen. La Policía no *tragó* y con aquellas pruebas fue detenido y pasó a Oviedo a ser interrogado en la comisaría. Allí llevó dos puñetazos en el estómago, como castigo, y luego a preguntas de quién le retiró la multicopista, echó la culpa a Gerardo Iglesias. Lo hizo porque Gerardo estaba en aquel momento clandestino (pendiente de entrar en la cárcel tras su última detención), por tanto poco podría perjudicarlo, de paso salvaba a Braña y a Gutiérrez Solís.

Paulino sorprendió a los policías hablando de política y diciéndoles que si se daban cuenta que el Régimen se acababa y que pensaran qué iba a ser de ellos. Fue trasladado al Juzgado de Pola de Siero, y allí vio a un camarada, y en un descuido de los policías de escolta, le pidió que avisara a Gerardo Iglesias de que le había acusado de ser el responsable de retirar la máquina.

Tres meses estuvo Paulino en la cárcel. Allí le pilló la muerte del General Franco, y poco después salió en libertad y se apartó de todo protagonismo político, aunque le querían proponer para concejal en Pola de Siero. Rechazó la oferta, eso sí, sigue perteneciendo al Partido Comunista.

La máquina la llevaron Solís y Braña al barrio de Buenavista en Oviedo, en la carretera de Galicia, al piso de un minero jubilado por silicosis, natural de Mieres. Allí estuvo unas semanas hasta que Solís un día que subía con dos paquetes de papel, coincidió en el ascensor con dos policías armadas que vivían en el mismo portal. Tras el apuro, Solís tuvo que trasladar la máquina a otro lugar.

Cuando fue sacada la máquina de la casa de Paulino, el informador X dio el aviso a Fuente. El policía, que seguía en el SECED, guardó para sí la información. Pero cuando Castro, el Jefe de la Brigada, se enteró de que venían de Madrid a desmantelar la máquina de propaganda que estaba en Bendición, llamó a Fuente y le pidió su parecer. Fuente previno al Jefe de la Brigada que la máquina ya había sido cambiada. Cuando llegó la Brigada de Madrid, se reunieron con Castro y Fuente, y empezaron a presumir de que venían haciendo una redada por todo el norte. Fuente, que sabía toda la historia de las máquinas a través de Claudio Ramos, y éste a su vez había recibido la información de Julio Gallardo, les contestó:

—*No soy tonto, no venís a una redada por todo el norte, venís buscando unas máquinas y sé quién os lo contó.*

Se enfadó uno de los policías de Madrid, diciendo:

—*Ya nos dijo César Mortera que había uno que lo sabía todo.*

Visto el fracaso, los policías de la capital no buscaron la máquina de La Felguera en casa de Elviro ni la de Gonzalo en Pinzales.

Pinzales era otro de los puntos clave en la propaganda. Allí estaba Gonzalo García Menéndez, en el pueblecito de El Aguión, distante unos 5 km. de Pinzales. Gonzalo era natural de Avilés, su padre había muerto en 1940, estando prisionero en la cristalera. En el año 1946 se alistó en el P.C., junto al también avilesino Garrido, que varias veces visitó en la cárcel. Luego se fue a trabajar en la mina La Camocha, empezando allí a lanzar la propaganda que Jesús le daba en el Hogar de Ceares. Allí conoció a Espina, y en una ocasión fue detenido junto a otros compañe-

ros. El mismo Espina diría siempre que en la comisaría no fue maltratado, pero Gonzalo observó cómo al ya veterano Espina el policía Recaredo le daba dos fuertes bofetadas.

Gonzalo y su esposa tenían un bar en la parte baja de la casa, el bar se llamaba *Bar Pingón*, porque al lado pingaba de continuo una pequeña catarata. Allí en el año 1966 le metió Troitiño una máquina de escribir y una multcopista manual. Así comenzó a trabajar en la propaganda, sin recibir nada a cambio, y trabajando muy duro para lanzar la propaganda antirreferendum de diciembre de 1966, y la de la huelga de la leche. En el año 1968 ya le llevaron una máquina eléctrica marca Roneo, que no funcionaba nada bien, y luego le fue cambiada por otra mejor de la misma marca. Ya entonces, ante las quejas de su esposa, el Partido comenzó a pagar alrededor de 3.000 pesetas al mes, ya que además de hacer la propaganda la repartía con una furgoneta. La tinta y el papel eran suministrados por un comunista que trabajaba en la imprenta Flores, y el pago se lo hacía *Mino Argüelles*.

Gonzalo había puesto la máquina en el piso, encima del bar, y para amortiguar los ruidos pusieron debajo de la máquina unos tacos de goma, gracias a los cuales los clientes del bar no percibían los ruidos. Gonzalo, que era un buen electricista, había preparado un micrófono que daba a la calle. Así tenían controladas las llegadas de los coches en la noche, y por el día utilizaban un espejo colocado estratégicamente, que les permitía ver todas las llegadas a la casa.

Era tanto el trabajo que los ayudaba Honorio, un joven de total confianza, que despachaba en el bar y a media tarde subía al piso. Alguno de los clientes llegaba a preguntar a la esposa de Gonzalo:

—¿A dónde va?

Respondiendo ella:

—*Irá a dormir la siesta.*

Era tal la confianza que la clientela veía en el joven Honorio, que empezaron a murmurar que éste y la esposa de Gonzalo (ésta era varios años más joven que el marido) eran amantes. Cuando ésta se enteró de tales infundios se lo comunicó apesadumbrada a Gonzalo, que con sabiduría práctica le dijo:

—*Déjalos que sigan pensando eso, así no sospecharán.*

Tras la detención del sindicalista *Juanín*, la máquina de Gonzalo llegó a tirar un millón de hojas con la fotografía del sindica-

lista detenido, ocupándose de depositar él mismo miles de ellas por Lugones y Llanera.

Tenía Gonzalo las llaves de varios portales y buzones de Gijón, a donde llevaba propaganda. Alguno de estos buzones eran de algunas personas de la buena sociedad gijonesa, que no tenía reparos en recibir la clandestina publicidad.

En 1975 el policía Fuente se desplazó en solitario a visitar la zona y se dio cuenta que era difícil sorprender a Gonzalo. Pidió información sobre Gonzalo al alcalde pedáneo, y éste informó favorablemente de Gonzalo y además le dio el aviso a su vecino. También le habían seguido cuando repartía la propaganda con su coche los policías Severino, Escapa y Juan. Llevaban sus coches particulares, alternándolos para no levantar sospechas. Esto ocurría en 1974. Claudio Ramos les decía a sus policías que esperasen para la detención, un día por otro. No fue detenido y nunca sospechó que fuese vigilado. Un día el cabo de la guardia civil Antonio Becares, comandante de puesto en Pinzales, vestido de paisano, se acercó en bicicleta. Le había llegado el rumor de que tendría que acompañar a la Policía a registrar la casa. Gonzalo y su esposa tenían una buena amistad con la Guardia Civil de Pinzales, la amistad venía de muy atrás, pues en su casa solían parar los miembros de la Benemérita cuando patrullaban por la zona. Además Gonzalo, era un manitas en electricidad (ganaba dinero reparando televisores). Un día de invierno llegó al cuartel de Pinzales y el guardia de servicio de puesto estaba encogido de frío. Gonzalo al verle en este estado le dijo:

—*Os voy a traer un radiador para la entrada.*

El guardia civil contestó que lo agradecía, pero el problema era que quién pagaba la energía, a lo que Gonzalo respondió que no se preocupase, que lo arreglaría él. Y en efecto, se las arregló para cargar la energía a la Hidroeléctrica del Cantábrico a través de un cable, y además luego en todos los pisos de la casa cuartel hizo lo mismo. Uno de aquellos guardias fue trasladado al cuartel de Jove y un día que Gonzalo pasó por allí, el guardia avisó al teniente y éste le pidió que hiciera allí lo mismo que en Pinzales, y en efecto, la misma trampa hizo Gonzalo.

Cuando el cabo llegó al *Bar Pingón* le explicó que era posible que vinieran a registrarle la casa, que él haría lo posible para que no lo hicieran, pero que por si acaso tenía algo ilegal en casa lo sacara y lo guardara fuera. En realidad venía desde Madrid a

hacer la redada la brigada social, la policía asturiana sospechó que la información venía a través del sindicalista Cesar Mortera, al que suponían se lo había comentado Julio Gallardo.

Gonzalo sacó la multicopista y la escondió en una vara de hierba, pero la policía no actuó, ya habían fracasado ante Paulino en El Berrón y no hicieron nada.

Gonzalo, al que le sacaba la propaganda Troitiño y un camionero de Casintra, fue visitado en ocasiones por Horacio y Tini Areces. También en una ocasión a Horacio le acompañó Gerardo Iglesias, quedándose éste junto al apeadero del ferrocarril de vía estrecha que estaba al lado de la casa. Hasta la legalización del Partido estuvo con su trabajo Gonzalo, apartándose entonces de todo protagonismo y pasando al total anonimato.

Elviro, Gonzalo, Sara y Paulino tuvieron la máquina fija durante años, pero otras máquinas estuvieron funcionando de forma esporádica. En Oviedo una temporada la tuvieron en una casa de la calle de los Avellanos, en casa de Marino Zapico. Un día Zapico tuvo un enfrentamiento con el Partido y les dejó la máquina empacutada en el portal, donde la recogió el Partido.

En Gijón durante una temporada la tuvo en su casa *El Roxu*, sita en la calle Daoiz y Velarde. También la tuvo un hijo de éste, que con trece años era un auténtico maestro en su manejo. Otra vez estuvo cerca de cerámica Rubiera, en casa de un matrimonio en el Alto de San Emiliano.

Pero no siempre las máquinas eran bien recibidas en las casas. Un camarada, en una ocasión, tuvo una discusión con su esposa a propósito de esto, estando presente uno de los líderes. La esposa marchó dando un portazo y diciendo que iba a denunciarlos. No hubo tal denuncia, pero prudentemente se retiró la máquina.

También en Mieres tuvieron alguna máquina en diversos lugares. Los que más se comprometieron con la propaganda fueron *El Sangrín* y Casuco.

Fue en la propaganda donde mejor trabajó el Partido Comunista, descolocando a la policía en casi todas las ocasiones.



Sara Fresno Mier



José Ramón Troitino.
Hombre clave de la
propaganda.



Gonzalo tenía la multicopista en
su propia casa.

Casa de Celso
Zapico, donde
estuvo la pri-
mera máquina
de propaganda
del partido, en
los años 50.





En la calle Hospital tuvo el Partido Comunista durante meses una multicopista sin que la policía se enterase



Casa de Joécara, donde Segundo Inclán, *Xuno*, trabajó durante años la propaganda, sin que se enterase la policía